



MOSCÚ, 7 años después

Por SERGIO FERNÁNDEZ AGUAYO*

Rusia ha tenido cambios durante los últimos siete años. La muerte de Boris Yeltsin es una buena oportunidad para evaluar qué ocurrió en la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas desde la llegada de este hombre al poder y el posterior ascenso de Putin.

En mayo del 2000 dejé Moscú, después de desempeñarme durante tres años como Embajador de Chile en la Rusia de Yeltsin. Alcancé a estar presente en el solemne acto de ascensión al mando por el presidente Putin. Siete años después, he tenido la oportunidad de hacer una breve visita a Moscú, con motivo de una reunión de la Confederación Internacional del Crédito Agrícola.

Durante mi misión diplomática se vivía en Rusia una época difícil. Frustrada la *perestroika* de Gorbachov, que pretendía un cambio político controlado y una paulatina evolución hacia la libertad económica, Yeltsin había desbancado al Partido Comunista, provocando la caída de la URSS y la separación de varios países hasta entonces fuertemente amarrados a la dirección centralista de Moscú, como Ucrania.

Pero su conducción política pendular impulsó una improvisada privatización de las empresas y un *shock* económico que entre 1997 y 1998 provocó una gran desestabilización financiera, desvalorización monetaria y fuerte pérdida del poder adquisitivo, especialmente de los sectores pasivos. Sus problemas de salud le impidieron al presidente un gobierno más coherente y, en la Federación Rusa, se generaron fuertes presiones desestabilizadoras. Dejé Moscú con una impresión más bien pesimista del futuro próximo.

Siete años después se aprecian en Moscú los resultados del gobierno de Putin, que ha retomado las riendas del país y logrado una evolución económica positiva. Se demuelen viejos edificios sin valor histórico y se levantan nuevas construcciones de arquitectura contemporánea, especialmente en materia habitacional. El rublo se ha valorizado y, en Europa, se comienza a considerar como una verdadera divisa, ya que su valor reposa en fundamentos monetarios sólidos.

La balanza comercial de Rusia ha sido positiva desde hace siete años y el excedente no cesa de crecer. En los últimos cuatro años el crecimiento alcanzó al 6,9 por ciento en promedio, y la producción industrial llegó al 5,4 por ciento, lo que indica que el sector de los servicios ha tenido un dinamismo notable.

En parte estos resultados se deberían al alza del precio de los hidrocarburos, principal exportación del país, pero si se tratara sólo de eso, el crecimiento sería menos dinámico. En un panel en la Universidad de Columbia, en Nueva York, el economista y ex Primer Ministro de Yeltsin, Yegor Gaidar, sostuvo que “la economía rusa comenzó a expandirse a paso rápido un par de años antes del alza petrolera”. Gaidar reconoció que el sector energético “es extremadamente importante para el presupuesto ruso, pero no es el único sector que se está expandiendo. Observen el sector materiales, la industria y el consumo”.

El consumo representa alrededor del 60 por ciento del PIB y su progresión permanente empuja el producto hacia arriba desde hace varios años. La inversión —todavía insuficiente para garantizar una verdadera modernización del sector productivo— aumenta regularmente 10 por ciento cada año, en el último cuatrienio. La fuerte alza de los índices bursátiles es también reveladora.

Breves conversaciones con el Ministro de Agricultura, un senador, el vice presidente de un banco y ejecutivos bancarios y de administradoras de inversiones, dejan la impresión de que una nueva generación está tomando roles de conducción. Se trata de personas de edad media y algunos bastante jóvenes. Sin duda la gerontocracia soviética es cosa del pasado, y el país vive una apertura al exterior que entusiasma a muchos.

También se impone una nueva mentalidad, difícil de comprender para quien conoce las tradiciones rusas. Al parecer el 1° de mayo ya no se considera oficialmente la fiesta de los trabajadores. Se habla de celebrar el inicio de la primavera. Pero las fuerzas políticas también se expresaron ese día en las calles.

Naturalmente en los cambios que han habido hay ganadores y perdedores. La afirmación que "el mundo es plano" parece muy cierta, cuando las tiendas exhiben ropa de marcas internacionales, solo al alcance de los primeros, y en el aeropuerto se observa como algunos moscovitas viajan de vacaciones a las playas mediterráneas, a las termas europeas e incluso más lejos. Pero como se reconoce en las conversaciones, el resto del país vive otra realidad, y especialmente la tercera edad continúa muy marginada de los nuevos beneficios.

Yeltsin, el primer presidente ruso elegido por votación popular y que recibió mis cartas credenciales, había recién fallecido, y nuestros pasos se dirigieron al cementerio Novodevichye, donde se encuentran los restos de las grandes figuras del último siglo.

Junto a la tumba de Yeltsin estaba la del gran *cellista* ruso Mstislav Rostropovich, también recién inhumado allí. Valga hacer presente que, por sobre las coronas de flores acumuladas, se distinguía, en ambos casos, la cruz de madera de la Iglesia Ortodoxa. También visitamos el sepulcro de Raísa Gorbachova, atractiva personalidad que modernizó a la mujer soviética, y de Nikita Jruschov, lejano y frustrado precursor de los cambios que promovió Gorbachov y cuyos frutos hoy se aprecian.

Una reflexión final sobre la libertad de expresión en el país. Es quizás el tema más delicado. Hay argumentos que parecen válidos tanto de parte del gobierno como de los disidentes. Pero es difícil pedir mucho en esta materia a una novel democracia, que no tiene muchos precedentes libertarios. Cualquier Jefe de Estado ruso será siempre un sucesor en la línea de los zares y de los Secretarios Generales del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El peso de la tradición del país se apoya en una historia bien distinta a la nuestra.

La nueva democracia rusa está enfrentada a unas próximas elecciones presidenciales. El Presidente Putin afirmó en su reciente discurso sobre el estado de la nación, que no pretendería una nueva nominación. El país parece creerle, pero también están los que dudan. Será su prueba de fuego.

SERGIO FERNÁNDEZ AGUAYO. Ex embajador de Chile en Rusia.
El presente trabajo fue publicado en la revista *Política y espíritu*, del Partido Demócrata Cristiano, de Chile.



Siete años después se aprecian en Moscú los resultados del gobierno de Putin, que ha retomado las riendas del país y logrado una evolución económica positiva.